

—Discurre usted acertadamente—dijo la señora de Worms-Clavelin.

—Por otra parte—prosiguió el secretario del ministro—, el candidato de usted parece inteligente, instruído, de carácter abierto.

—¿Entonces?...—dijo la señora de Worms Clavelin con una sonrisa deliciosa.

—¡Es un asunto dificultoso!—objetó Cheiral.

Cheiral no era muy inteligente. No abarcaba nunca más que un corto número de ideas, decidiéndose por razones que su futilidad hacía difíciles de desentrañar. Por eso algunos le imaginaban capaz, en sus años juveniles, de ideas personales. Acababa de leer un libro de Imbert de San Amand acerca de las Tullerías durante el segundo imperio; le admiró en aquella lectura el resplandor de una corte brillante, y había concebido la idea de un género de vida donde, como el duque de Morny, asociando los placeres á la política, disfrutaría del poder de varios modos. Miró á la señora de Worms-Clavelin de cierta manera, cuya intención ella comprendió muy bien, permaneciendo silenciosa con los ojos bajos.

—Mi tío—prosiguió Cheiral—me deja plena libertad en este asunto, que á él no le interesa. Puedo proceder de dos modos: bien proponiendo desde ahora los cuatro candidatos agradables á Roma..., ó bien declarando al nuncio que ningún movimiento episcopal se someterá á la firma del presidente de la República mientras que la Santa Sede no haya aceptado los seis candidatos. No

estoy aún decidido. Pero me encantaría entenderme con usted respecto á este asunto. La esperaré pasado mañana, á las cinco, en un coche cerrado, delante de la verja del parque Monceau, en la esquina de la calle Vigny.

«El peligro no es grande»—pensó la señora de Worms-Clavelin, que sólo respondió por una oscilación de sus largas pestañas.

### XVIII

A la señora de Bonmont no la costó gran trabajo reunir en su casa á Raul Marcein y al padre Guitrel. El encuentro fué tal y conforme podía esperarse. El padre Guitrel era persuasivo. Raul hombre de mundo, sabía lo que se le debe á la Iglesia.

—Señor cura—dijo—, soy de una familia de sacerdotes y de soldados. Yo mismo he servido... No terminó. El padre Guitrel le alargó la mano y replicó sonriendo:

—Creo que hacemos aquí una alianza del sable con el hisopo.

Y recuperando en seguida su gravedad sacerdotal, añadió:

—Alianza feliz entre todas, y muy atinada. También nosotros somos soldados. Yo, por mi parte, estimo á los militares.

La señora Bonmont miró con simpatía al cura, el cual prosiguió:



—En la diócesis á que pertenezco hemos creado unos Círculos donde los soldados pueden leer buenos libros, fumándose un cigarro. Estas obras que monseñor Charlot protege, son prósperas y reportan grandes ventajas. No seamos injustos con el siglo en que vivimos; se hace mucho mal, pero también mucho bien. Estamos comprometidos en una gran batalla, lo cual es preferible quizá á vivir entre los tibios de corazón, á quienes un gran poeta cristiano excluye á un mismo tiempo del paraíso y del infierno.

Raul aprobó este discurso; pero no respondió. No respondió porque carecía de ideas sobre aquel punto, y también porque su imaginación estaba preocupada con las tres acusaciones por estafa formuladas contra él aquella semana, y esta consideración le quitaba la facultad de seguir pensamientos abstractos y generales.

La señora de Bonmont no conocía precisamente la causa de aquel silencio, y el padre Guitrel la ignoraba por completo. Creyendo muy oportuno reanimar la conversación, preguntó al señor Marcien si conocía al coronel Gaudouin.

—Es un hombre admirable en todos sentidos—añadió el sacerdote—, un buen ejemplar del cristiano y del soldado, goza en nuestra diócesis de la estimación unánime de las gentes honradas.

—¡Sí; conozco al coronel Gaudouin!—exclamó Raul—. Le conozco de sobra. No lo puedo tragar. Me las pagará todas juntas.

Esta frase afligió á la señora Bonmont y sor-

prendió al padre Guitrel, pues no sabían ni el uno ni la otra que el coronel Gaudouin había pronunciado, cuatro años antes, con otros seis oficiales, una sentencia contra el capitán Marcien, condenándole por su mala conducta habitual.

A partir de aquel momento, la dulce Isabel no esperó grandes resultados de la entrevista preparada con objeto de apaciguar á su Raul, alejando de él pensamientos irascibles, y volviéndole á sus ansias de amor. Sin embargo, abrió su corazón y dijo con voz llorosa:

—¿No es verdad, padre, que un hombre joven al cual se le presenta un hermoso porvenir, no debe desanimarse ni abatirse?

—Sin duda, señora baronesa, sin duda—respondió el padre Guitrel—. No debe nunca un hombre entregarse al decaimiento ni abandonarse á tristezas inmotivadas. Un buen cristiano no acaricia ideas lúgubres, señora baronesa, seguramente.

—¿Oye usted, señor Marcien?—dijo la señora de Bonmont.

Pero Raul no oía, y la conversación languideció.

La señora de Bonmont, que era bondadosa, pensó, desde el fondo de su dolor en dar una pequeña satisfacción al padre Guitrel.

—¿Es cierto, señor cura—le dijo—, que su piedra favorita es la amatista?

El sacerdote, adivinando el designio que tenía, la respondió severamente y hasta con alguna dureza:



—Dejemos eso, señora, se lo ruego; dejemos eso.

## XIX

El señor Bergeret, profesor de literatura latina, habiéndose levantado muy temprano, salió de la ciudad con *Riquet*. Se querían tiernamente y no se separaban nunca. Tenían los mismos gustos, llevando los dos con preferencia una vida sosegada, monótona y sencilla.

En sus paseos *Riquet* seguía atentamente con los ojos á su amo. Temía perderle de vista un momento, porque, no teniendo mucho olfato, no hubiera podido seguirle la pista. Pero aquella mirada fiel le hacía simpático. Trotaba al lado del señor Bergeret con un aspecto de satisfacción que no era desagradable. El profesor de literatura latina andaba, ya rápido, ya lento, á gusto de su caprichoso magín.

*Riquet*, cuando se había adelantado, se volvía esperándole con el hocico al aire, una pata delante levantada y encogida, con actitud de acecho y vigilancia. Cualquiera cosa les divertía á uno y otro. *Riquet* entraba impetuosamente en los paseos y en las tiendas para salirse al instante. Aquella mañana, metiéndose de un salto en la carbonería, sorprendióle hallarse frente á un palomo de un tamaño enorme y de una blancura deslumbradora. El palomo desplegó sus radiantes

tes alas en la sombra y *Riquet* huyó asustado.

Fué, según su costumbre, á contar con los ojos, las patas y el rabo, su aventura al señor Bergeret, que le dijo en son de burla:

—Sí, mi pobre *Riquet*: ha sido un encuentro terrible, y hemos escapado á las garras y al pico de un monstruo con alas. Aquel palomo era espantoso.

El señor Bergeret sonrió. *Riquet* conocía bien aquella sonrisa y comprendió claramente que su amo se burlaba. Lo cual no le gustó. Cesó de agitar el rabo, poniéndose en marcha con la cabeza baja, encorvado el lomo y las patas separadas en señal de disgusto.

Y el señor Bergeret le dijo:

—Mi pobre *Riquet*: Aquel pájaro, que tus antepasados hubieran devorado, te asusta. No tienes hambre como ellos; por eso no tienes audacia como ellos. Una cultura refinada te ha hecho cobarde. Es un gran problema discurrir si la civilización aminora en los hombres el valor, al mismo tiempo que la ferocidad. Pero los hombres cultos afectan valor por respeto humano, y se crean una virtud artificiosa, tal vez más bella que la natural. Tú declaras tu miedo sin avergonzarte.

El descontento de *Riquet*, á decir verdad, fué pasajero. Duró poco. Todo lo habían olvidado cuando el hombre y el perro entraron en el bosque de Josde, donde la hierba estaba humedecida por el rocío y donde una sutil niebla se arrastraba por las orillas de los torrentes.